

Primer premio del concurso de relatos de la campaña de prevención de violencia de género dirigida a alumnos de primero de Bachillerato, organizada por la Delegación del Gobierno en La Rioja.

Me gusta salir cuando se oye el silencio. El silencio significa nada, significa ausencia o paz.

Cuando salgo a la calle, bajo la cabeza y escucho. Escucho el ruido mundano, la gente sonriente, escucho que no está.

Pensé que nunca iba a tener fuerzas, ganas o recuerdos para contar mi historia, para contar lo que nos pasó. Tantas noches seguidas de dolor y de miedo, de recuerdos grabados a fuego.

Todo empezó un día gris. Es el primer recuerdo que tengo de mi infancia. Gris y lluvioso. No me gustan esos días, me recuerdan demasiado a mi padre.

Recuerdo que aquella mañana la discusión era diferente. Recuerdo que nunca te había visto destrozada, o mejor dicho, tan humillada. Muchas veces me he creído la culpable de todo esto. Allá con mis 6 años, pensaba que mi padre era todo lo importante para nosotras, y le quería, sí, le quería. Excusaba sus gritos a diario, y me preguntaba qué hacías mal. Luego, con el paso del tiempo, fui acumulando demasiado miedo, demasiados gritos dentro de mí. Ahora sé que le odio, le odio porque terminó con todo, lo destruyó todo.

Recuerdo tu cara y tus manos, tu piel blanca, recuerdo que tus ojos no tenían color, siempre me pregunté qué es lo que eras.

Sinceramente, si me pongo a pensar, no sé en qué te habías convertido. Cuando nací eras una mujer. Sonreías, aunque eso lo sé por las fotos, y eras feliz. Cuesta pensar que fuiste feliz.

Mi padre, mi padre no existe en mi memoria. Es esa sombra que todos los niños olvidan cuando son capaces de enfrentarse a la oscuridad. Mi padre fue nuestro asesino.

Aunque nuestra historia no empezó aquel día, recuerdo que ahí fue donde empecé a odiar sin sentido, fue el momento en el que de nuestros ojos, se fueron las ganas de seguir. El día era gris, y la discusión negra. Tenía miedo. Teníamos miedo, porque se notaba que ese día no era como los demás. El poder que él tenía sobre ti era espeluznante. Poco a poco había acabado con todo. Con el respeto, la confianza y el amor. Acabó contigo ese día, y a partir de ahí, una y otra vez. Huí de la sala. Me encerré en mi habitación y oí llorar, suplicar... Hasta que aquel hombre, tambaleándose, se acercó a mí. Y me culpó, me culpó de todo, de nacer, de existir, de que tú me dedicabas en tiempo que no merecía... me reprochó el dinero que tenía que traer para mantenerme... y yo, yo lloraba, lloraba bajito, para que no me oyera. Sentía su olor, sentía tu miedo por las dos. Ese día morí por primera vez. No sé como aguantabas, y cada día más, a ese ser llamado marido o padre, vecino, amigo... Tampoco entiendo cómo la gente no sabía nada, o no decía nada, cuando tantas veces huía de casa, por miedo o cobardía, no lo sé, y me acurrucaba en la escalera del portal, donde pensaba que nadie podía alcanzarme nunca,

El tiempo no curó heridas, nunca las cura. No sé quién fue el mentiroso que dijo eso. El no conocía estas heridas, no conocía nuestro infierno.

Pasaron demasiados años de sufrimiento y de pánico. Huyendo a mi cuarto, escondiéndome y suplicando, suplicando que alguien me escuchara, que se lo llevaran, que él ya no era mi padre.

El último golpe fue el de una mañana de invierno. Sabía que algo había despertado en ti, que el miedo que sentías era diferente. Te enfrentaste a él, y todavía me pregunto cómo fuiste capaz. Capaz de algo que yo intenté hacer durante años, y no fui capaz. Me odiaba a mi misma, por condenarnos un nuevo día, una y otra vez. Aquella mañana me pediste que te acompañara. Vi un reflejo de luz en tus ojos, vi la esperanza. Nos oyó, nos oyó hacer ruido al intentar salir. Y la furia se desató. La puerta, los pies, el suelo, el miedo. Tu pelo, su mano, mi cuerpo, tu cuerpo, su asco y mi odio. Todo mezclado en un lugar demasiado pequeño. Peo escapamos. Huimos de él. Y fue la luz del sol, del frío sol, la que me hizo sonreír.

Quizás lo más doloroso fue el saber que no fue a la cárcel . Que salió impune de la condena a la que no sometió tantos años. Peo salimos adelante, tú y yo, sin él. Te diste cuenta de que eras una mujer, de que no dependías de nadie. Nos mudamos de ciudad, quizás por vergüenza, quizás por no dejar una vida atrás, una vida que ya no era la nuestra.

Ahora me dejas sola, no diré otra vez, porque nunca lo hiciste, porque detrás de tus silencios, sé que en tus pensamientos estaba yo. Te hablo como mi madre y como mujer que fuiste, que allá donde estés, en un pequeño lugar del cielo, seas feliz. Que las heridas se hayan borrado de tu piel, que hayas olvidado, que hayas vuelto a sonreír. Y solo espero que el día en que te encuentre, vuelva a ver que existe el color en tus ojos.

Salió en silencio. No dijo nada, no hizo nada. Quizás porque no sabía si llorar o sonreír. Llorar porque había perdido una parte de sí, a una mujer que llevaba dentro, que temía pero que fue capaz de plantar cara; o sonreír, llorar de alegría, porque sabía que su madre había abandonado su mundo, y se había marchado a otro, a otro donde ni él ni nadie podrían tocarla jamás.